

ARTE Y CIENCIA



*No es saber, saber hacer
discursos sutiles vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

LAS BELLAS ARTES EN LAS ISLAS CANARIAS

El desarrollo que adquirieron las Bellas Artes en un pueblo, es siempre signo indudable de progreso y cultivo intelectual.

Su estudio revela en el individuo perfeccionamiento de educación, aptitud fisiológica para sentir y bienestar relativo en cuanto se refiere a las necesidades materiales de la existencia.

Todo eso lo encontramos, con relación a estas islas, reunido en Las Palmas, la primera en importancia del archipiélago canario, desde su fundación en 1483.

Y en efecto, trasladada la Catedral de la Diócesis desde Rubicón a Las Palmas, fue esta ciudad el centro del movimiento religioso, omnipotente en aquella centuria y en las siguientes, como generador del estado político y económico de la madre patria y de sus vastas colonias.

A su sombra se instalaron los Tribunales de Cruzada y Bulas, el Provisorato, el Santo Oficio y la Administración de Espolios, que, cual tupida red, envolvían entonces la propiedad territorial de la nación.

Posteriormente, en 1526, se creó la Audiencia Territorial o Real Acuerdo con residencia también en Las Palmas, que constituyó desde luego otro centro poderoso de actividad en todos los asuntos civiles, administrativos y criminales que caían bajo su extensa jurisdicción.

Cuando, más adelante, envió el rey capitanes generales que tuviesen el mando superior de esta provincia, también vinieron éstos a Las Palmas, como presidentes que eran de la Real Audiencia, y sólo una práctica abusiva, o mejor dicho, el deseo de inmiscuirse en las cuestiones de exportación de malvasías a Inglaterra, que improvisó colosales fortunas en Tenerife, hizo que se fijaran

en La Laguna, a pesar de las órdenes reiteradas, que en diversas ocasiones recibieron del gobierno supremo para volver a la capital.

Todas estas causas produjeron cierto bienestar en Las Palmas, adonde afluían los caudales de las demás islas, dando de este modo alimento a las manifestaciones de las Bellas Artes, tanto en la esfera escultural, como en la pictórica, arquitectónica y musical.

Aun cuando la culpable apatía de nuestros mayores haya envuelto en densas sombras los nombres y obras de muchos de nuestros mejores artistas, todavía podemos sacar de tan injusto olvido algunos de esos nombres, que será oportuno y conveniente dar a conocer como merecida recompensa a su mérito.

Vamos pues, a consignar a título de recuerdo, algunos ligeros apuntes biográficos referentes a unos pocos de nuestros más renombrados artistas canarios, anteriores a los que nos son contemporáneos, pues de estos no nos ocuparemos por ahora en este artículo.

No recordaremos para ello los cuadros de escuela sevillana, italiana y holandesa que aquí llegaron, aunque en corto número, en los siglos XVI y XVII, a adornar las capillas y santuarios públicos y particulares, empresa es esa superior a las cortas páginas de que podemos hoy disponer, sólo si recordaremos de paso el cuadro que, para la capilla donde está su sepulcro, trajo de Italia el insigne Cairasco, el que adorna el trascoro de nuestra catedral y el que figura en la sacristía del que fue convento de San Francisco.

A principios del siglo XVIII la poderosa Compañía de Jesús había conseguido instalarse en Las Palmas, y fundar un colegio que, como todos los suyos, se consagraba principalmente a la enseñanza de la juventud. En este colegio, pues, se elevó un templo de una sola nave, en cuyo cimborrio aparece pintada una Gloria, que se debe al pincel del pintor canario Francisco de la Paz, primera manifestación importante de ese arte entre nosotros por uno de sus mismos hijos. Ninguna otra noticia ha llegado de sus otras obras que sea digna de mencionarse.

Poco después aparece en Las Palmas el primer artista que merece el nombre de pintor. Nos referimos al célebre

don Juan de Miranda, hijo de esta población, de cuyos cuadros está llena la provincia, figurando alguno de ellos con aplauso en Sevilla y Mérida y hasta en las repúblicas americanas.

Este pintor marca en nuestras islas la época en que dio principio nuestra regeneración artística. Sus obras, que tienen sin duda cierto aire de grandeza y originalidad, llevan ya marcado el sello de la emancipación del artista, señalando aquel período crítico en cada genio, sacudiendo las trabas de la imitación servil, procura remontar su vuelo en alas de la inspiración, para buscar otro ideal, hijo de su propia fantasía, cuya propiedad reclama como exclusivamente suya.

Verdad es que Miranda no alcanza nunca ese sublime ideal, pero abre el camino a los que han de sucederle, señalando a los demás, desde el honroso puesto con su talento conquistado, la dirección que sigue la senda luminosa que conduce a las alturas del arte.

Miranda al morir legó sus pinceles a su único discípulo don Luis de la Cruz y Ríos.

Había nacido este distinguido isleño en el Puerto de la Orotava, y no sabemos cómo logró alcanzar benevolencia ante el adusto carácter de su maestro. Ello es que en 1811 le vemos de director de la Academia de Dibujo que acababa de instalarse en la ciudad de La Laguna, y cuatro años después, habiéndose trasladado a Madrid, logró obtener el alto puesto de profesor sustituto de la Academia de San Fernando y pintor de cámara del rey.

Es fama que sus retratos, de un parecido asombroso, le valieron una reputación envidiable. Son dignos de mencionarse, entre otros, el retrato del Pontífice Pío VII, los de los Reyes Católicos que existen en Tenerife, y varios cuadros que se encuentran en casas particulares y hasta en el Museo de Bellas Artes de Madrid.

Otro pintor hubo, contemporáneo de Miranda, del cual sólo hemos conseguido ver un cuadro que representa la Virgen del Pino y lleva la fecha de 1792, de no escaso mérito, según los inteligentes: llamábase este pintor don Cristóbal Afonso y era padre del célebre poeta, crítico, humanista y literato don Graciliano Afonso, doctoral de esta Santa Iglesia. Como dato curioso añadiremos que este

cuadro le valió a su autor la suma de setenta pesetas, cantidad no despreciable en este país y en aquella época, tratándose de obras de arte.

Pasando ahora a la escultura tenemos dos nombres ilustres que recordar: el de nuestro paisano don José Luján Pérez y el de don Fernando Estévez natural de la Orotava.

Luján Pérez es un talento universal en la esfera de las bellas artes, para las cuales poseía cualidades especiales y eminentes.

El dibujo, la pintura, la arquitectura y la escultura le eran igualmente familiares, pero en este último arte fue donde principalmente nos dejó impresas las huellas de su genio.

Recordar las obras de escultura debidas a su laborioso cincel sería empresa demasiado vasta para nuestro breve trabajo. Sin embargo, citaremos entre los más notables, el crucifijo que adorna la sala capitular de este Excmo. Cabildo, modelo acabado de buen gusto e inspiración, del cual dijo un ilustre viajero al contemplarlo, que sólo le faltaba el polvo de los siglos para ser la admiración de los hombres.

Las estatuas colosales que coronan el cimborrio de nuestro templo principal; la Virgen de la Soledad que se venera en la parroquia de San Isidoro de Sevilla, conocida con el nombre de la Virgen Canaria; el bajo relieve tallado en mármol que se descubre en el frontis posterior de nuestra catedral, una Virgen de los Dolores de celestial y conmovedora expresión, y en fin, cientos y cientos de estatuas, de santos y santas que llenan las iglesias de todo el archipiélago, y son la admiración de cuantos se detienen a contemplarlas.

Casi al mismo tiempo florecía en Tenerife el escultor don Fernando Estévez, autor de muchas obras dignas de aplauso y que se veneran en aquellas iglesias y conventos, pero que no tienen ni la gracia, ni la valentía, ni la delicadeza del cincel del artista canario.

En arquitectura también hemos sido verdaderamente afortunados, aunque sólo podamos citar un nombre, pero nombre que por si solo constituye una inmensa gloria para estas islas.

Trazada la Catedral en 1498 por Diego Alonso Motau-

de, arquitecto sevillano, y continuada por otros maestros, cuyos nombres se consignan en las actas del Cabildo, quedó incompleta la obra desde 1570 aunque se abrió al culto la parte concluida.

En el último tercio del siglo pasado la Iltra. Corporación queriendo dar empleo útil a los caudales que atesoraba en sus arcas, se decidió, después de algunas vacilaciones, a concluir el hermoso templo trazado por Motaudé.

Entonces fue cuando el modesto capitular don Diego Nicolás Eduardo, presentó a los atónitos ojos de sus compañeros los planos que había levantado para completar y concluir el templo.

En su elogio baste decir que la Academia de Nobles Artes de San Fernando, a donde se enviaron para su aprobación, dejó en su poder los originales, remitiendo sólo las copias.

Este insigne artista tiene además para nosotros la especial recomendación de haber sido el primer director de la Academia de Dibujo de Las Palmas, título que lo hace doblemente acreedor de muchos aplausos.

La última, en la enumeración que hemos hecho de las bellas artes, aquella que no traduce sus impresiones con el lienzo, el barro, la madera ni la piedra, la que es ideal como la poesía e impalpable como el pensamiento, la música, ésa también tuvo entre nosotros inspirados artistas que se consagraron a su estudio.

La feliz circunstancia de residir en Las Palmas la catedral de la diócesis y ser la música una de las artes que más realce dan al culto, fue causa de que se organizara en esta ciudad una capilla dotada de maestros, organistas y cantores que solían venir de la península, escogidos entre los más hábiles.

Desde el año 1518 aparece nombrado Juan Ruiz, como maestro de capilla, al que luego han sucedido otros veinte y dos profesores, sin interrupción hasta nuestros días. Algunos instrumentos como arpas, oboes, fagotes, trompas y clarines, y en el siglo pasado, flautas, violines y violoncelos, han compuesto la orquesta que en todas nuestras solemnidades religiosas oyeron nuestros antepasados, y nosotros hemos también oído, aunque con la brillantez que le prestan hoy los asombrosos adelantos del arte.

Poseemos listas completas de todos los maestros de capilla, organistas, instrumentistas y cantores, que desde 1518 han figurado en la capilla con la dotación en numerario y en especie que cada uno percibía; datos curiosísimos e inéditos para la historia de la música en nuestras islas, y que debieran algún día utilizarse si aquí fuéramos más celosos de nuestras propias glorias.

Sin embargo, entre esos artistas, pocos, muy pocos eran los que habían nacido en la provincia, sin que ninguno de ellos diera muestras de poseer un solo destello del don divino de la inspiración.

Y es que el Cabildo no había pensado aún en fundar una escuela o conservatorio donde la ciencia de la composición fuera objeto de la enseñanza oficial.

Esa gloria estaba reservada, entre otras mil, al insigne historiador de nuestras islas, al inmortal don José de Viera y Clavijo, quién en sus ocios, como arcediano de Fuerteventura, concibió el proyecto de fundar el colegio de San Marcial, plantel de jóvenes músicos para el servicio de la catedral.

Formados los estatutos fueron éstos aprobados por el Cabildo en sesión de 27 de octubre de 1785.

El señor Obispo, que lo era entonces el Ilmo. señor don Antonio de la Plaza, aplaudió mucho el pensamiento y concedió perpetuamente dos becas de oficio en el Seminario Conciliar para los jóvenes que, a elección del Cabildo, lo merecieran y quisieran seguir la carrera eclesiástica.

Nombróse de director al mismo señor Viera y de vicedirector, maestro y mayordomo del colegio al presbítero don Diego Domínguez, verificándose la apertura en presencia del Cabildo el 1 de febrero de 1786.

Entre los aventajados alumnos que tuvo este establecimiento recordamos a don Pedro Gordillo, diputado a cortes en 1812 por esta isla y defensor de sus privilegios y prerrogativas, a don Manuel Sánchez aficionado compositor de música religiosa, a don Gregorio Chil y Morales, canónigo de esta Santa Iglesia Catedral y aventajado filólogo y humanista y al abuelo del que esto escribe don Cristóbal Millares, organista y compositor de muchas y notables obras para piano, órgano y orquesta.

No podemos resistir al deseo de dar a conocer una anécdota de la vida de éste último, que prueba la extensión y solidez de los conocimientos que allí recibían los alumnos.

Desempeñaba en 1806 el cargo de organista mayor y director de la capilla el español don Francisco Torrén, que había llegado de la península desde 1779 y contaba ya una avanzada edad, de modo que a nadie sorprendió su repentina muerte acaecida el 25 de abril del citado año de 1806.

Acercábase entretanto la festividad del Corpus, sin haber quien reemplazase a Torrén en el órgano, y el Cabildo no sabía de qué manera llenar esta vacante que le colocaba en el grave compromiso de suprimir en cada día del octavario del Corpus la hora de música que correspondía al organista, y a la que asistía un público numeroso y escogido.

Entonces don Cristóbal Millares, que tenía a su cargo el importante papel de primer violín de la capilla, se ofrece a ocupar el puesto del finado Torrén.

El presidente, sorprendido al oír tan inesperado ofrecimiento, duda de su habilidad en el manejo de tan difícil instrumento; pero al escuchar la afirmativa respuesta del joven canario y, la resolución que revelaba su tranquila mirada, se decide al fin a prestar su consentimiento, y llegado el solemne día, es fama que, dejando su violín en la orquesta, subió a la tribuna, donde entonces estaba el órgano, en medio de la curiosidad vivamente excitada de los individuos del Cabildo y del pueblo que llenaban las bóvedas del templo.

Se cuenta, y la tradición así lo ha confirmado, que el órgano bajo los dedos del inspirado artista, produjo en aquel solemne día, melodías y combinaciones armónicas, tan nuevas y arrebatadoras, como jamás se habían oído en Las Palmas.

Ello es lo cierto que el 18 de junio de aquel mismo año, pasado el octavario del Corpus, se reunió el Cabildo y le nombró su organista mayor, teniendo la gloria de haber sido el primer hijo de las Canarias que hubiese ocupado aquel puesto en el largo transcurso de tres siglos que contaba la fundación de la Catedral.

Dos años después en 1808 disuelta la capilla real de Lisboa por la entrada de las tropas francesas en aquella capital, el célebre compositor y primer violín de ella, don José Palomino, encontrándose entonces sin colocación, admitió las proposiciones de este cabildo para el cargo de director de la capilla, embarcándose en Cádiz con su yerno el distinguido profesor de violoncelo don Manuel Núñez a quien muchos de los que hoy viven han conocido.

Al fondear el buque en la rada de Las Palmas, antes de llegar a tierra, los dos ilustres compositores fueron visitados, entre otras personas, por los individuos que componían la Capilla de Música.

En esa visita y después de los afectuosos saludos propios de aquel acto, la primera pregunta de don José Palomino fue, si entre los presentes se hallaba don Cristóbal Millares, el nuevo organista de Las Palmas, y habiéndole sido presentado por su sobrino don Pedro Palomino, se adelantó el ilustre profesor, le saludó en particular y le cumplimentó por su relevante mérito, cuya fama, dijo, había llegado hasta Lisboa.

¿A qué continuar? Mi propósito está cumplido; he tenido la honra de recordar algunos olvidados nombres de pintores, escultores, arquitectos y músicos canarios, dignos todos de que los verdaderos amantes del país, les consagren un afectuoso recuerdo.

Aquí donde tan difícil es dar valor artístico a sus facultades creadoras, donde no existe estímulo, aplauso ni recompensa para las manifestaciones intelectuales, donde la gloria del país, que es la suma de la gloria de sus hijos, encuentra tantos obstáculos para brillar, es conveniente y útil el recuerdo de esos hombres aunque no sea más que como protesta de esa indiferencia, y como medio de enaltecer las bellas artes y rendir culto a los que a ellas consagraron su existencia.

Quiera el cielo llegue para esta hermosa isla el día en que aquellos que dirijan entonces sus destinos, se convenzan de que no está sólo la felicidad, el bienestar y la gloria de un pueblo en la deificación de sus intereses materiales, y comprendan que al lado de la prosperidad comercial, agrícola y fabril, muy respetable sin duda alguna, se le-

vanta aún más necesaria e importante la glorificación de su progreso intelectual.

Cuando ese día ilumine el horizonte afortunado, el porvenir de la Gran Canaria será tan brillante como lo merece por su historia, por su hermosa situación en una de las zonas más privilegiadas del globo, y por el reconocido talento de sus hijos, de los cuales algunos son estrellas, hoy, de primera magnitud en las regiones de la política y de la literatura contemporáneas.

AGUSTÍN MILLARES TORRES